

Democracia y populismo

Rodrigo Borja Abogado y político ecuatoriano. Director Nacional del Partido Izquierda Democrática (ID) del Ecuador.

Cada ideología política tiene su propia concepción y su propia visión de la democracia. La democracia es, en este sentido, una categoría ideológica. Esto explica lo que alguna vez escuché decir al profesor Jaguaribe: que "a lo largo de la historia, a pesar de que la democracia fue una excepción y no una regla en la organización de los pueblos, se dieron democracias elitarias, propias de las clases dominantes, y democracias de las masas populares, pasando por democracias de las clases medias".

Solamente la diversa concepción que tienen las ideologías respecto del sistema puede explicar esta contradicción, de la misma manera que explica también otros fenómenos desconcertantes, como el de los teóricos fascistas de las primeras décadas de este siglo, quienes llamaron "democracia orgánica" o "democracia vertical" a sus regímenes autocráticos, gobernados por "minorías selectas" que invocaban la predestinación de los "mejores" a mandar, violadores contumaces de los derechos del hombre e intransigentes en la implantación de sus dogmas políticos.

Explica además el hecho extraño de que los golpistas latinoamericanos, cada vez que después de una conjura cuartelera asaltaron el poder, justificaron su acción en nombre de la defensa de los valores de la "democracia occidental y cristiana".

Explica el hecho de que las oligarquías latinoamericanas suelen bautizar con el pomposo nombre de "democracias representativas" a sus sistemas de privilegio y de marginación, que dan nuestros pueblos al ilusionismo del voto cada cierto tiempo mientras les quitan el pan, la educación, la medicina y posibilidades de participación en los bienes socioeconómicos de la colectividad. Regímenes que confunden democracia con constitucionalismo - como hicimos en el Ecuador a raíz del último "retorno" - siendo que democratizar una sociedad es mucho más importante que constitucionalizarla, porque esto implica simplemente someter el Estado al derecho mientras que aquello significa subordinar la totalidad de la trama social a normas democráticas - no solamente normas de derecho en abstracto - sino específicas normas democráticas que propugnan la real participación del conglomerado social en las tareas públicas del Estado y en el disfrute de los bienes económicos y sociales.

El hecho de que cada ideología tenga su propia concepción de la democracia torna comprensible el fenómeno de que, en la otra zona del planeta, llámanse "democracias populares" - con pleonasma y todo a regímenes de partido único,

violadores de derechos humanos, que ahogan libertades políticas y que impiden el debate libre de las ideas.

Estas cosas se dan por la relatividad que tienen los conceptos políticos de acuerdo con la óptica ideológica con que se los mira.

Sin participación no hay democracia

Por lo que a nosotros se refiere, situados en la orilla socialista democrática, sostenemos que la democracia es una forma organizativa de la sociedad - o sea, algo más que una forma de gobierno, algo más que la ordenación de las magistraturas públicas - dentro de la cual se dan eficaces, positivos y concretos métodos y maneras de participación popular no solamente en la toma de decisiones políticas dentro del Estado sino en algo que en los tiempos que vivimos resulta tal vez más importante: en el disfrute de los bienes y servicios generados por el trabajo colectivo.

Y no necesitamos llamar al sistema "democracia participativa" ni nada que se le parezca, porque la democracia es participativa o no es democracia. Así de simple. Puesto que lo que define y distingue a la democracia es la participación popular. Si no hay participación, no hay democracia.

En tal sentido, de lo que hablamos nosotros es de una democracia tridimensional que tiene un aspecto político, un aspecto social y un aspecto económico. Con esto queremos diferenciar la democracia del electoralismo. Desde luego que estamos lelos de menospreciar la democracia burguesa y sus libertades formales y menos en momentos que en nuestra propia América hay regímenes autoritarios que han retrocedido en lo que ya parecían conquistas definitivas de nuestros pueblos y que han retornado al autocratismo político y a la supervisión de las ventajas y virtudes de la democracia formal. No. No se trata por consiguiente de sustituir la democracia formal por la democracia material o económica, si no de complementarla, agregando a las libertades tradicionales las modernas libertades socioeconómicas de que aquella carece.

No es que debemos implantar la democracia socialista como algo totalmente contrario y excluyente de la democracia liberal, porque ésta, bajo una concepción dialéctica, tiene algunos valores que son dignos de pervivir. Por tanto, al establecer la democracia socialista, concreta, debemos superar la democracia burguesa, formal, completándola con los elementos sociales y económicos que le hacen falta, pero tratando de buscar la supervivencia de los valores libertarios que a ella le caracterizan. Esta es la más pura concepción dialéctica. Lo contrario sería antidialéctico. Sería el desconocimiento de que el movimiento universal está dado por la contienda de tesis y antítesis, en la cual ninguna de las dos proposiciones vence plenamente sino que surge un tercer producto, en un nivel superior de evolución, que recoge lo viable y lo válido de las tesis contendientes.

Por consiguiente, enfrentadas democracia burguesa - un elemento de la contienda - y democracia socialista - el otro - no es que la democracia socialista va a desterrar todo lo de la democracia burguesa, sino que van a interpenetrarse las dos para producir dialécticamente la síntesis, que es un tercer producto, que compendia lo válido de las tesis en conflicto.

Esto es muy claro y responde a una concepción no dogmática de la historia.

Debemos ir hacia la complementación de libertades formales y materiales para integrar, para consolidar, una democracia rotunda, tridimensional, que lo sea en lo político, lo social y lo económico. De lo contrario, seguiremos en nuestros países viviendo regímenes sociales que en realidad consisten en la combinación de democracias políticas con absolutismos económicos, es decir, sistemas que detrás del ritualismo democrático imponen el absolutismo económico de pequeñas minorías, que tienen acceso a la riqueza, sobre mayorías marginadas. Entonces se produce la lacerante antinomia de regímenes democráticos que ofrecen a nuestros pueblos derechos inasibles y libertades aparentes, que no pueden ser ejercidos en la práctica por la masa de indigentes, cuyo único derecho real es el de morirse de hambre, mendigar el pan en las calles o dormir bajo los puentes.

El proyecto democrático, concebido desde el ineludible punto de vista de nuestra posición ideológica, tiene hoy que afrontar dos nuevas y adicionales amenazas, acerca de las cuales poco se ha dicho.

Me refiero a la cuestión demográfica y al desarrollo de los medios masivos de comunicación.

El populismo víctima de su propia prédica

La explosión demográfica de los países pobres - los países desarrollados la han controlado lo mismo en los regímenes capitalistas que en los marxistas - pone dificultades al sistema democrático. Sin embargo, hay una conspiración del silencio sobre este asunto. Nadie quiere hablar de la cuestión poblacional. Unos la silencian en nombre de dogmas religiosos, otros en nombre de dogmas políticos, lo cierto es que se ha tendido un manto de mutismo sobre ella. Pero me parece que es insensato eludir el hecho de que tasas de aumento demográfico superiores al 3% anual frente a índices de crecimiento económico que en el mejor de los casos apenas llegan hoy al 2%, producen un peligroso desfase entre el incremento explosivo de las necesidades sociales y las limitadas capacidades reales de la democracia para satisfacerlas. Con el agravante de que, por lo general, es un crecimiento poblacional inarmónico que se concentra en las ciudades, con tasas del 6 al 9% anual y a veces más, alimentado por el flujo de las migraciones campesinas aluvionales. Surge así el urbanismo cargado de conflictos sociales.

Crecen los cinturones de vivienda precaria en torno a las grandes urbes - los barrios "callampas" en las ciudades metropolitanas de Chile, las villas-miseria del gran Buenos Aires, las "favelas" brasileñas, las colonias proletarias de México, los barrios de invasión de Colombia, los ranchos venezolanos, los barrios suburbanos del Ecuador - con todos sus problemas de miseria, insalubridad y delincuencia.

Es decir, se da un orden de cosas en que el sistema democrático no logra ser lo suficientemente eficaz para atender las crecientes demandas populares. Viene el desencanto social. Las masas, en esas condiciones, son muy sensibles a la prédica redentorista, siguen fácilmente el señuelo demagógico y surge así el populismo, que es un fenómeno de raíz económica y efectos políticos.

Las masas arremolinadas en torno a las grandes ciudades - y esto es igual en todos los países latinoamericanos - toman conciencia de su postración y esperan soluciones mágicas del caudillo populista - especie de hechicero del siglo XX - que les promete solucionar sus problemas de la noche a la mañana.

Pero el populismo no resuelve nada. Cuando llega al poder se convierte en víctima de su propia prédica demagógica e irresponsable y, en trance de gobierno, resulta deplorablemente incapaz de dar solución a las propias demandas que contribuyó a alimentar en su función agitadora. Con más epítetos que ideas, más consignas que programas, el caudillo populista pronto se ve rebasado por los acontecimientos y la misma ola popular que lo encumbró al poder se encarga de arriarlo de él.

El populismo no es un movimiento ideológico sino una desordenada movilización de masas, sin brújula doctrinal. Es la antidemocracia, en cierto sentido, porque la democracia es la participación consciente y reflexiva de los pueblos en las tareas públicas, mientras que el populismo es su intervención emocional y arrebañada, librada a las potencialidades taumatúrgicas del caudillo para solucionar, a la vuelta de la esquina, las necesidades de esas masas esperanzadas.

El efecto de demostración de los medios de comunicación

La otra cuestión, íntimamente vinculada a la anterior, es la del desarrollo y extensión formidables que en la última década han alcanzado los medios de comunicación colectiva, especialmente la televisión. Me refiero sobre todo a la penetración de ellos en todos los ámbitos de la vida social, con su amplia información del mundo y su permanente bombardeo de mensajes comerciales. El hombre latinoamericano, los ojos desorbitadamente abiertos, ve desde fuera, sentado en las inclemencias ambientales de su Tercer Mundo o "mundo de tercera", el alucinante escaparate televisivo con la sucesión interminable de imágenes de otras formas de vida.

Concibe entonces el contraste entre lo que ve y lo que tiene, entre la forma de vida de los otros niveles sociales y la suya, entre las pautas de consumo de las capas opulentas y la de sus barrios marginales. Hace comparaciones y empieza a considerar que la miseria no es tan inevitable.

Se origina así un juicio de valor sobre la pobreza. La pobreza sólo es pobreza en tanto no se tenga conciencia de ella, pero cuando es objeto de un juicio de valor, entonces ella cambia cualitativamente y puede convertirse en rebeldía. La rebeldía está compuesta de dos ingredientes: pobreza e insatisfacción. Un elemento objetivo y otro subjetivo. Quien tiene sólo el primer ingrediente suele mirar a la pobreza con la familiaridad de un utensilio doméstico, que incluso ocupó su espacio en el hogar de sus antepasados, pero quien hace de la pobreza materia de su reflexión, puede desencadenar un proceso de toma de conciencia que le conducirá a asumir una posición ideológica.

Esta ha sido, entre paréntesis, la gran equivocación del socialismo clásico en América Latina: creer que porque una persona es pobre es necesariamente izquierdista. Este error - que les condujo hacia un estalinismo sacerdotal y autoritario y hacia la utilización de un lenguaje tan estereotipado como comprensible para las masas latinoamericanas - cavó la propia sepultura de esas cúpulas radicalizadas.

La verdad es que el izquierdismo, como actitud ante la vida, es casi una refinación cultural que se da cuando el hombre, observando el mundo y cavilando sobre la pobreza, llega a la conclusión de que ésta no es inevitable, que otros no la sufren, que se pueden cambiar las cosas.

A este proceso de toma de conciencia contribuye definitivamente el desarrollo de los medios de comunicación. Las masas latinoamericanas, al informarse mejor, se están volviendo mucho más exigentes que antes. Y esto implica un gran desafío para nuestra democracia, que si no la tornamos eficiente no va a estar a la altura de las demandas de esos sectores y, si eso llega a ocurrir, nadie podrá negarles su legítimo derecho de buscar otras opciones que no sean precisamente las democráticas.

De allí que el reto de volver eficientes y enérgicos a los sistemas democráticos para que puedan atender las crecientes, inagotables necesidades básicas de nuestros pueblos.

No hay democracia sin partidos

En la lucha por la democracia en América Latina - por la democracia política, social y económica - los partidos políticos tienen un rol de primera importancia, porque situados como están en la zona intermedia entre el quehacer concreto del gobierno y el quehacer difuso de la sociedad, corresponde a ellos organizar a las

multitudes, recoger sus aspiraciones, darles forma, canalizarlas, enriquecerlas y presentarlas a consideración del poder para su resolución. Los partidos son indispensables en el sistema democrático, hasta el punto de que no hay democracia sin partidos ni partidos sin democracia. Son éstos dos conceptos inseparablemente unidos, que se implican mutuamente. En la medida en que el poder solamente recoge las aspiraciones organizadas de los pueblos, en la medida en que los partidos son los instrumentos de esa expresión popular, en la medida en que el hombre aislado no tiene influencia en el Estado, en esa medida los partidos constituyen pilares fundamentales del sistema democrático.

De otro lado, si bien los partidos se forman para la conquista del poder, si bien el poder es su objetivo estratégico - decir lo contrario es pura tontería o hipocresía consumada, puesto que con los mecanismos de mando y de obediencia están los partidos en aptitud de desplegar su programa de gobierno no porque no alcancen el poder dejan de tener importantes funciones que desempeñar en el Estado democrático. Los partidos son también instrumentos de fiscalización y control de la función gubernativa, llamados a mantener una permanente actitud crítica sobre los actos del gobierno. Les corresponde, en este caso, no solamente vigilar el comportamiento de las autoridades públicas, sino también analizar, en sus departamentos técnicos y especializados, los problemas nacionales en todos los campos a fin de plantear soluciones alternativas de las que aplica el gobierno. Esto es particularmente importante hoy para los países latinoamericanos, cuyo reto histórico fundamental es la superación del subdesarrollo. Concluida ya la era de las lucubraciones ideológicas abstractas, vivimos la era del desarrollo económico, por lo cual, en una sociedad dinámica, los partidos deben impulsar el desarrollo: ser partidos del desarrollo económico y del cambio social.

A ellos les está confiada una de las más importantes responsabilidades que existen dentro del Estado democrático: la de ejercer la oposición. Cosa que pretenden ignorar los colaboracionistas glandulares, para quienes la única forma de "servir" a la colectividad es desde las poltronas ministeriales y bajo estímulo de propinas presupuestarias. Desde luego, el propósito de la oposición democrática no es tumbar al gobierno. Una cosa es el golpismo y otra la oposición. A la oposición le corresponde vigilar la integridad de las libertades públicas, la honradez de los actos de gobierno, la oportunidad y conveniencia de ellos y el acierto administrativo. Esa es la oposición: elemento indispensable para el diálogo democrático.

Además, y al margen de esto, a los partidos, les toca hacer de catedráticos de la democracia.

La democracia requiere una didáctica. La democracia es forma de gobierno pero algo más: es organización social; pero algo más: debe ser conducta, debe ser comportamiento, se debe enseñar al niño a que sea demócrata desde la escuela, como se le enseña a ser limpio o a tener buenas costumbres. Y en esta tarea pedagógica los partidos deben jugar un rol de primera importancia.

En el momento en que saturamos a la sociedad con hábitos democráticos, en el momento en que difundamos la democracia a todos los poros del cuerpo social, tanto más nos acercaremos al socialismo libertario, porque el socialismo libertario no es más que la extensión de la democracia a todos los órdenes del convivir social.